



# MEMORIZAR UN POEMA

LUIS FERNANDO  
AFANADOR

1  
**L**a *Iliada* tiene aproximadamente mil líneas, recitarla completa duraba dieciocho horas. ¿Cómo hacía un rapsoda para memorizarla? Gracias a sus epítetos que se repetían a lo largo del poema, no solo para que los oyentes distinguieran claramente a los personajes, también como recurso nemotécnico: Afrodita, hija de Zeus; Aquiles, el de los pies ligeros; Ulises, fecundo en ardid; Héctor, domador de caballos; Apolo, el que hierde de lejos; Andrómaca, la de niveos brazos; Ares, funesto a los mortales; Artemisa, la que se complace en tirar flechas... Un recurso que reaparece en la *Odisea* y en la poesía épica posterior: el Mío Cid es “el campeador” y el que “en buena hora ciñó la espada”. Pero antes, en el antiguo Egipto, Amón era el “padre de todos los vientos”. ¿Quién inventó ese recurso nemotécnico? Como otras tantas buenas cosas, la tradición oral.

2  
“No existe rima en la poesía clásica y no apareció hasta 1200 en los himnos eclesiásticos de un latín ya contaminado por las lenguas vernáculas”, dice José Emilio Pacheco en *Ovidio en el iPod*. Además de la rima, en los viejos romances españoles ya encontramos una medida silábica: “¡Abenámar, Abenámar, / moro de la morería / el día que tú naciste / grandes señales había!”. Ocho

sílabas por verso, ocho sílabas exactas. El hexámetro clásico, de dieciséis sílabas, partido en dos. Demos un salto, al siglo xvi: Garcilaso de la Vega trae de Italia al español el verso endecasílabo: “Escrito está en mi alma vuestro gesto / y cuanto yo escribir de vos deseo; / vos sola lo escribisteis, yo lo leo / tan solo, que aun de vos me guardo en esto”. Demos otro salto, hasta finales del siglo xix. Rubén Darío, nuestro Simón Bolívar de la lengua, agrandó el verso con su alejandrino de catorce sílabas: “La princesa está triste... ¿qué tendrá la princesa? / Los suspiros se escapan de su boca de fresa, / que ha perdido la risa, que ha perdido el color”. Versos de ocho o menos sílabas, versos de arte menor; versos de ocho o más sílabas, versos de arte mayor. Poesía popular, de trovadores, más fácil de memorizar, y poesía de grandes poetas, más compleja. Por eso, quizás, grandes poetas, para estar más cercanos a la

memoria popular, se han dejado tentar por el romance. Federico García Lorca: “Verde que te quiero verde / verde viento. Verdes ramas”. León de Greiff: “En el alto de Otramina, / ganando ya para el Cauca...”. Alfonso Reyes decía que para el oído popular no suena a poesía nada que exceda de ocho sílabas.

### 3

Epítetos, rimas, medida silábica. Recursos que potencian la musicalidad del lenguaje, y la música, ya se sabe, crea recordación. Si lo sabrán los publicistas que les hacen poemas a

los detergentes y a los laxantes. “Que, para ser comercial, a esta canción / Le falta un buen estribillo”, ironiza Joaquín Sabina. No por azar, *copywriter* es un oficio vergonzosamente exitoso de los poetas. “La vida toda no se explica sin el cambio incesante. Así, negar la necesidad

histórica de la vanguardia es imposible. Pero no menos cierto es que la vanguardia segregó de la poesía al público. Una explicación probable es que la gente tardó ochocientos años en habituarse a la rima y de pronto la despojamos de ella”, dice José Emilio Pacheco. ¿Será cierto que al abandonar el metro y la rima la poesía dejó de ser *memorable* y por lo tanto *memorable*? ¿La culpa es del verso libre?

### 4

En mi caso, el descrédito de memorizar, de recitar, no es atribuible a profesores que amaran a Walt Whitman. La poesía que ellos enseñaban —siendo muy gene-

roso— era con rima y con metro, pero nunca estimularon la memorización de un poema. Memorizar, por alguna teoría pedagógica en boga, había caído en desgracia en la enseñanza. Y siguió cayendo. Salvo algunas excepciones. Recuerdo una profesora de mi hijo que los obligaba a aprender de memoria los mapas de geografía. Y no resultó para él ninguna tortura, más bien un ejercicio útil que le ayudó a conocer las capitales de los nuevos países de Europa Central y del Este, ahora tan numerosos. Volviendo a Whitman, recuerdo —¡habla memoria!— a Humberto Villa, un librero de



Meister Frauenlob, poeta alemán, en el *Codex Manesse*. Siglo xiv



Cantares de gesta, *Juglares tocando el laúd y el rebab* (illum. ms, "Cantigas de Santa María" siglo XIII)

Ibagué, destapando una caja de libros recién llegada, en la que estaba *Hojas de hierba*, traducida por Borges: "Yo me celebro y yo me canto, / Y todo cuanto es mío también es tuyo, / Porque no hay un átomo de mi cuerpo que no te pertenezca". Paradójicamente, fueron los primeros versos que memoricé. Años después, vine a saber que el verso de Whitman no era tan libre: tenía la medida de su respiración.

## 5

El ritmo no solo lo da la rima o un número fijo de sílabas. El lenguaje tiene un ritmo y al hablar acentuamos, mezclamos acentos fuertes y acentos débiles. Si los repetimos y los combinamos, creamos un ritmo. La poesía en verso libre tiene un ritmo. Dice Octavio Paz en *El arco y la lira*:

Hacia el fin del Medioevo se inicia el apogeo de la versificación regular. Pero la adopción de los metros regulares no hizo desaparecer la versificación acentual porque, como ya se ha dicho, no se trata de sistemas distintos sino de dos tendencias en el seno de una misma corriente. Desde

el triunfo de la versificación italiana en el siglo XVI, solamente en dos periodos la balanza se ha inclinado hacia la versificación amétrica: en el romántico y en el moderno. En el primero, con timidez; en el segundo, abiertamente. El periodo moderno se divide en dos momentos: el "modernista", apogeo de las influencias parnasianas y simbolistas de Francia, y el contemporáneo. En ambos, los poetas hispanoamericanos fueron iniciadores de la reforma; y en las dos ocasiones la crítica peninsular denunció el "galicismo mental" de los hispanoamericanos —para más tarde reconocer que esas importaciones e innovaciones eran también, y sobre todo, un redescubrimiento de los poderes verbales del castellano.

## 6

El ritmo no es exclusivo del lenguaje. Los procesos vitales tienen un ritmo, la vida de los seres humanos se rige por ritmos cardiacos, hepáticos, cerebrales; la naturaleza tiene ritmo en las lluvias, los eclipses, las estaciones, la salida y la puesta del sol. Dice Francisco López Estrada en *Métrica española del siglo XX*:

El ritmo natural, cósmico y humano, y el que crea la actividad social del hombre, va formando un entramado sobre el que se asegura la oscura percepción de un ritmo estético. La magia actúa poderosamente en los periodos de la cultura primitiva, y el arte puede resultar así una vía para la interpretación del misterio humano, en la que el ritmo se ofrece como una cifra de comunicación. La tendencia del hombre hacia el ritmo es, pues, de orden biológico, y se transforma en cultural a través de un larguísimo proceso.

## 7

Hay otra música más allá de lo declamatorio, nos recordaron los simbolistas que escucharon esos ritmos del universo: "Una frescura

de crepúsculo te llega entre cada / latido, cuyo golpe ahuyenta, cautivo, el horizonte / suavemente” (S. Mallarmé). José Asunción Silva escuchó esa música en su “Nocturno”; la escuchó Darío —“Yo persigo una forma que no encuentra mi estilo” — y también el mejor Neruda: “¿Se va la poesía de las cosas / o no la puede condensar mi vida?”. Hay otra música en los versos cortados, abruptos, de Emily Dickinson, que solo ella pudo interpretar en su piano: “Es demasiado tarde para el Hombre — / y demasiado pronto para Dios — / El Universo — no puede ayudarnos — / mas la Oración — persiste — a nuestro lado —”. Hay una música tenue, casi inaudible, en los versos de William Carlos Williams: “Sólo para decirte / que me comí / las ciruelas / que estaban en / la heladera / y que / probablemente / guardabas / para el desayuno / Perdóname / estaban deliciosas / tan dulces / tan frías”.

## 8

¿Cómo memorizar un poema? Leyéndolo en voz alta hasta compenetrarse con su ritmo y con sus imágenes. La poesía no es solo ritmo; también es imagen (la poesía no es un *jingle*). Un poema puede tener rima y no ser poesía. Puede ser un sonsonete y un poema mediocre:

Quién de amor no ha cantado tu hermosura,  
/ y quién no te ha tomado por amante,  
/ te poseyó Quevedo dominante, / Neruda  
se asombró de tu dulzura. / Garcilaso  
sonó con tu ternura, Sor Juana te escribía  
deslumbrante, / por ti Lope compuso a su  
Violante, / aquel soneto lleno de premura.  
/ Espíritu que viajas persistente, / callado  
fuego de pasión ardiente, / eres eternidad  
que no varía. / Crisol donde se funde el  
pensamiento, / ensueño donde nace el  
sentimiento, / eres amor: te llamas poesía  
(*Te llamas poesía*, Kin Mejía Ospina).

## 9

Hace poco estuve en un recital de poesía en la Biblioteca Nacional. Había varios poetas, hombres, mujeres, de distintas edades y nacionalidades, pero uno, chileno, Enrique Winter, que no era el mayor, sin duda, llamaba la atención:

se sabía sus poemas —en verso libre— de memoria. La poesía sin rima y sin metro es memorizable. Que se vaya la rima, pero que vuelva el prestigio de la memoria.

## 10

Me sé muchos versos, estrofas, pero ningún poema completo, ni siquiera de los míos. Porque no me lo enseñaron, porque me educué en el desprestigio de la memoria. Sin embargo, descubrí que, sin proponérmelo, me he aprendido un poema, “No volveré a ser joven”, de Jaime Gil de Biedma:

—Que la vida iba en serio / Uno lo empieza  
a comprender más tarde / Como todos  
los jóvenes, yo vine / A llevarme la vida  
por delante / Dejar huella quería / Y marcharme  
entre aplausos / Envejecer, morir,  
eran tan solo / Las dimensiones del teatro  
/ Pero ha pasado el tiempo / Y la verdad  
desagradable asoma: / Envejecer, morir, /  
Es el único argumento de la obra.

La medida de los versos es irregular. No tiene metro ni rima, tiene ritmo: acentos fuertes en las primeras sílabas y en las penúltimas. Y tiene una imagen poderosa: envejecer, morir, no es el decorado de la vida: es su esencia. Yo asocio este poema con un teatro y con la frase shakesperiana “la vida es un escenario”. Me parece la síntesis de todo. Tal vez por eso me lo aprendí. No hay que saberse muchos poemas. Basta con pocos. Basta con uno. Lo importante es llevarlo dentro, apropiárselo íntimamente. *By heart*, dicen los ingleses. *Par coeur*, dicen los franceses. En el corazón, decimos nosotros. ■

---

Luis Fernando Afanador (Colombia)

Abogado con maestría en literatura. Fue catedrático en las universidades Javeriana y de los Andes. Ha publicado *Extraño fue vivir* (poesía, 2003), *Toulouse-Lautrec, la obsesión por la belleza* (biografía, 2004), *Un hombre de cine* (perfil de Luis Ospina, 2011) y “El último ciclista de la vuelta a Colombia” (en *Antología de la crónica latinoamericana actual*, 2012), entre otros. Es colaborador habitual de varias revistas colombianas. Actualmente es crítico de libros de la revista *Semana*.